



LA OCTAVA PALABRA

Por Antonio Caponnetto

«Todo lo hace bien. Hasta puede hacer que los sordos oigan y que los mudos hablen!».

Marcos 7, 31-37.

No la escuchó la turba arrebañada,
ni menos los verdugos inclementes,
no tampoco los gritos de las gentes
en la fiesta macabra, ensangrentada.

No se hizo audible para el fariseo,
ni para Judas que al contar su plata,
sordo de culpa se buscó una reata
y halló el lugar de su horca, como un reo.

Retumbante de hiel, la Sinagoga,
indescifraba el sacro abecedario

que aquel excepcional patibulario
desgranaba en la cruz mientras se ahoga.

¿La notaron de lejos los rabinos,
Poncio Pilatos y Caifás el torvo,
o esa tipografía era un estorbo
para sus corazones asesinos?

No prestaron oídos los quebrantos
lejanos de sus fieles pescadores,
en la hora final, los estertores
cubrieron los sonidos como mantos.

Cuentan que Dimas sí, la oyó potente
cual una despedida o un legado,
brotada desde el agua del costado
mas proferida con su voz doliente.

Letra por letra le llegó a María.
La septiforme espada de su duelo
acaso se alivió como un consuelo
en una inmensa, cósmica agonía.

Magdalena entre llantos presta oídos
y percibió un fraseo algo lejano,
era Jesús, su Dios y su hortelano,
eran sus labios secos, doloridos.

Refieren unos de un papiro griego,
(hallado adentro de una gris tinaja)

de una mujer que oyó, ya cabizbaja:
La Vera Icón, la del clemente pliego.

Conjeturo que entonces, Juan, el *hijo*,
discipular retrato del amado,
cuando ya todo estaba consumado
desentrañó el particular sufijo.

El Señor con sus ojos todo abarca,
con sus miembros clavados todo estrecha,
así lanzó su postrimera endecha:
¡Pedro, sé fiel al conducir mi Barca!